



#### XLIV

**D**ON Andrés perdió entonces su circunspección y su calma. No pudo contenerse más.

— Ámame, dijo.

Y se abalanzó á Juanita y la ciñó con fuerza entre sus brazos.

Juanita recordó en aquel trance toda su antigua destreza en la lucha, cuando se peleaba con los muchachos á brazo partido y los tumbaba en medio del arroyo. Ella también se abrazó á don Andrés, le puso la barba en el pecho, le empujó al mismo tiempo en sus espaldas con las manos de ella y le echó una zancadilla tan hábil que le derribó al suelo.

Con maravillosa rapidez apartó Juanita sus manos y su cuerpo del cuerpo del enemigo derribado, y quedó erguida sobre él con la rodilla derecha en tierra y con la rodilla izquierda sobre el estómago y el pecho de D. Andrés, donde pesaba y oprimía como pujante prensa de hierro.

Con la mano izquierda había Juanita agarrado á D. Andrés por el pescuezo para que no levantara la cabeza y con la mano derecha tenía asido su siniestro brazo.

Juanita estaba así tan guapa que se parecía, aunque sin alas, al propio arcángel San Miguel dando una soba al diablo.

D. Andrés la contemplaba con tal embeleso que apenas sentía enojo de verse vencido. Y como era hombre muy versado en fábulas y en narraciones verídicas, trajo á su pensamiento, para que quedasen eclipsadas por Juanita, á Pentesilea, á Clorinda y á Bradamante, y á otras mujeres heroicas que han florecido en el mundo, desde el Ebro, glorioso por las zaragozanas, hasta el claro Termodonte, en cuyas fértiles orillas reinaron las amazonas.

Por acaso se tocó D. Andrés, con la diestra que tenía libre, en el bolsillo del chaquetón, y notó con amargura los dos medios inútiles, que en él traía, de conquista, de ofensa y de defensa. Traía allí un cartucho con veinticinco onzas peluconas de Fernando VI y de Carlos III, dignas hoy por su rareza de figurar en el más rico gabinete de numismática. Y traía asimismo el revólver de seis tiros, bien preparado y cargado; pero como hubiera sido felonía villana emplearle contra una mujer, le dejó allí reposar tranquilo para mejor ocasión.

Entre tanto, y todo esto fué en menos tiempo que el que yo empleo en decirlo, la mencionada mano libre se hizo atrevida; pero contra todo atre-



vimiento son valladar y estorbo los bríos del alma, y éstos valieron bien á la gallarda vencedora.

Al sentir el insolente conato, el rubor tiñó sus mejillas; brillaron como áscuas sus ojos; la ira trocó en espantosa su linda cara.

Aterrorizada doña Inés, sacó la cabeza fuera del ventanuco y empezó á gritar; pero nadie podía oirla, y menos aún D. Andrés que no estaba para oír ni ver cosa alguna.

Juanita le apretaba el cuello con ambas manos haciéndole sacar tres pulgadas de lengua fuera de la boca, como perro jadeante.

Harto le pesaba tener que matarle. No había previsto Juanita que pudiese llegar aquel extremo; pero, puesta en él, estaba resuelta á todo por más que le pesase.

Apeando á D. Andrés el ya inoportuno tratamiento de V. E., le dijo:

—¡Ríndete ó mueres!

Nada contestó D. Andrés, porque no podía contestar. Lo que hizo fué retirar la diestra atrevida.

Aflojó entonces Juanita el dogal que tenía echado al cuello del cacique y le dijo:

—¿Te rindes á discreción? ¿Te declaras vencido?

—Me declaro vencido: haz de mí lo que quieras.

—¿Aprobarás y aplaudirás ahora que yo me case con D. Paco y serás en la boda su padrino?

—Aprobaré, aplaudiré y seré padrino en la boda.

—¿Serás además constante y bondadoso ami-

go mío, sin guardarme rencor, y pagándome, como debes, la amistad pura que yo te profeso y la estimación con que te miro?

—Seré tu mejor amigo como lo mereces.

Juanita entonces se levantó de un brinco, dejando libre á D. Andrés, que se levantó también algo maltrecho, mohino y humillado por la derrota.

Trocada así en piedad la cólera, Juanita hizo esfuerzos de imaginación, y, entre cándida y maliciosa, inventó desatinos para disimular ó explicar su triunfo.

—No te aflijas, dijo. Lo que te pasa le hubiera pasado á un jayán: al propio Goliat. No soy yo quien te ha vencido sino el demonio que ahogaba á los impuros novios ó amantes de la que fué luego mujer de Tobías, á fin de guardarla entera para él. Sin duda, D. Paco, que es muy devoto de San Rafael, Patrono de Córdoba, halló al tal demonio, en el desierto en que ha estado, y con el auxilio del arcángel, le desató y le envió á esta casa para que me defendiese. Por él estuviste, poco ha, y volverías á estar, si de nuevo te desmandaras, muy á punto de morir ahorcado como un zorzal entre mis dedos convertidos en percha. Pero no pienses más en eso. ¡Qué lástima si hubiera dado yo, sin querer, un día de luto á la ya entonces mal llamada Villalegre! Ahora no debemos pensar sino en el gran placer que hay en renovar amistades después de una brava batalla. Aquí no ha habido ni vencido ni vencedor. Digamos ambos á la vez, tú á mí y yo á tí:



Valiente eres, capitán,  
y cortés como valiente;  
con tu espada y con tu trato  
me has cautivado dos veces.

—Tú eres mi cautivo y yo quiero ser tu cautiva, es decir, más amiga tuya que antes.

Y diciendo así, tendió de nuevo ambas manos á D. Andrés, más cariñosamente y con mayor confianza que la vez primera. Luego añadió:

Ahora vete con Dios y vuelve por aquí dentro de poco, á las diez y media, para que, en presencia de mi madre y de varios amigos, se celebren con D. Paco mis esponsales.

—Volveré como deseas. Antes deirme te dejaré aquí para el rescate de mi pariente Antónuelo, á quien tanto ó más que tú tengo obligación de proteger, los ocho mil reales que hay que dar al tendero murciano.

—Ya está arreglado eso. No necesito los ocho mil reales.

—Pues aunque no los necesites quédate con ellos, y tú y D. Paco contad con otros ocho mil más que os daré como regalo de boda.

Dicho esto se fué D. Andrés á la calle, no sin besar galantemente al despedirse la linda mano que había estado á punto de extrangularle.

Apenas salió D. Andrés, Juanita abrió la puerta de su alcoba, donde, como en chiquero, había estado doña Inés encerrada. Salió ésta de allí algo atontada y muda de espanto. Salió igualmente muy mansa y muy benígna, y aunque perdidas sus ilusiones respecto al misticismo de Jua-

nita, casi tan prendada ahora de su patente bizarra como antes de su misticismo, ya convertido en humo.

De todos modos, doña Inés siguió admirando la virtud de Juanita, y aun formó desde allí en adelante sobre su casta entereza un concepto muy superior al que tenemos de las antiguas heroínas que nos ponen por modelo las historias sagradas y profanas. Doña Inés, discurriendo sobre esto, pensó que al fin y al cabo Susana sólo tuvo que defenderse de dos viejos petates y no de un hombre guapo, rico y joven aún como el cacique. Lucrecia, á lo que doña Inés entendía, sucumbió aunque se mató después. Y en cuanto á Timoclea, tan ensalzada por Plutarco y á la que el macedón Alejandro concedió su admiración, todavía doña Inés tenía más que criticar, porque Timoclea, durante el saco de Tebas, no acertó á defenderse del capitán de los tracios, y sólo después le mató arrojándole á un pozo, porque aquel bárbaro le pidió dinero; de suerte que, si se le hubiera dado en vez de pedirsele, él hubiera quedado vivo y la anterior violencia impune.

Razón tenía, pues, doña Inés, en seguir admirando á Juanita; en decirle, como le dijo, que se alegraría de tenerla por madre política; en desistir con gusto de que Juanita se hiciese monja para que no eclipsase á la Monja Alférez y fuese la Monja Generala, y en ofrecerle para el regalo de su boda la cantidad que pensaba dar para la dote de su monjío.



Llamada por Juanita acudió Rafaela, que se quedó estupefacta y boquiabierta al ver allí á doña Inés, á quien acompañó á su casa.

Doña Inés prometió volver con don Alvaro á las diez y media.



## XLV

**C**UANDO Juanita se quedó sola, se lavó la cara y las manos, se alisó el pelo y sacó del armario el famoso vestido de seda, regalo de D. Paco.

Ella había tenido cuidado de refrescarle y de modificarle, dejándole á la moda del día. Con tela que tenía de sobra el corte y que ella había guardado, se había hecho un nuevo corpiño de medio escote, á propósito para recepciones y tertulias. Se puso este vestido, se miró al espejo y quedó muy satisfecha encontrándose bien.

Al volver Rafaela y al ver á Juanita vestida de gala, tuvo nuevo motivo de admiración.

Juanita y la criada encendieron después los tres velones que tenían, cada uno con cuatro mecheros.

Encendieron además veinte ó veintidós velas de cera y lo iluminaron todo tan ricamente, que la casa parecía aderezada para una solemne fiesta.



A poco llegó Juana la Larga, no trastornada porque era sobria y prudente, pero algo sobreexcitada y de buen humor por haber presidido la opipara cena en casa de D. Andrés Rubio, cenando ella entre el rey David y San Pedro.

Al ver Juana la Larga la iluminación que en su casa había y cuyo fin ignoraba, receló por un instante que se había excedido en beber vino y que á causa de aquel exceso veía tantas luces.

Pronto la tranquilizó Juanita explicándosele todo.

Juana se puso más contenta que unas pascuas.

No bien dieron las diez y media, entraron casi á la vez todos los convidados. Eran éstos doña Inés y D. Alvaro, D. Andrés Rubio, el maestro de escuela D. Pascual, el tendero murciano y doña Encarnación su mujer, el padre Anselmo y D. Paco, personaje principal de la fiesta. Venía éste hecho un brinquillo, muy bien afeitado y peinado, con la levita nueva, regalo y obra de Juanita, y en el ojal con la condecoración azul que ella le había concedido.

Todos estaban ya informados de lo que iba á suceder, unos directamente por Juanita, según ya hemos visto, y otros por medio del maestro de escuela, á quien Juanita había dado el encargo de convidarlos. No fueron, pues, indispensables, ni discursos, ni explicaciones. Reinó allí muy cordial alegría.

Rafaela, auxiliada por Calvete, á quien llamó para este fin, sirvió un delicado pisco-labis. Para

los que no habían cenado ó tenían suficiente capacidad estomacal, hubo chocolate con hojaldres y con tortas de aceite; y para todos, mostachones, roscos y bizcochos de espumilla con mistela y dos ó tres clases de rosolis.

Cuando cundió el regocijo y se aumentó la animación de todos, Juanita los formó en círculo, asidos de las manos, y se puso á cantar con mucha gracia y con muy afinada y buena voz, aunque no había estudiado música, el célebre cantar del Conde de Cabra.

Yo no quiero al Conde de Cabra,  
Conde de Cabra, ¡triste de mí!  
que á quien quiero solamente,  
solamente, es ¡ay! á ti.

Al cantar *es ¡ay! á ti*, Juanita miró con ojos muy dulces á D. Paco. Luego siguió cantando:

Arroz con lechê,  
me quiero casar  
con un guapo mozo  
de porte real.

Y tocando con sus manos en los hombros de cuantos había en el corro, sin excluir al cura, que la miraba complacido, Juanita fué diciendo:

—Ni con éste, ni con éste, ni con éste.

Al llegar á D. Paco, que dejó Juanita para lo último, dijo *sino con éste*, y le dió un abrazo muy apretado.

D. Paco la tomó por la cintura, la chilló, la aupó y la levantó á pulso dos ó tres veces en el aire.



Todos aplaudieron y gritaron:

—¡Que vivan los novios!

Anunciada ya la boda para lo más pronto posible, los futuros esposos fueron felicitados.

El padre Anselmo, viendo que D. Andrés y los Sres. de Roldán hacían regalos muy lucidos, no quiso ser menos, hasta donde sus recursos lo consintiesen. Y con el fin de que su regalo tuviese el significado de retractación y palinodia, prometió hacer venir de Madrid un lujoso corte para un vestido de seda.

El maestro D. Pascual estaba harto mal de dineros, pero tenía buenos libros, y quiso dar inmediatamente, para regalo á Juanita, algunos tomos de la Biblioteca de Rivadeneira; entre ellos *El Romancero General* y las *Comedias de Tirso*, á cuyas heroínas era Juanita muy semejante por lo desenfadada y traviesa.

D. Ramón, que traía en cartera el pagaré para que Juana le refrendase y pusiese en él su visto bueno, en vez de dar ó de prometer, recibió por lo pronto las veinticinco onzas peluconas, ó sean los ocho mil reales. Pero D. Ramón se sintió estimulado á competir y hasta á vencer en generosidad á los otros. Dijo al oído á su mujer el prurito que sentía de ser generoso, y doña Encarnación tuvo que dominarse para no arañarle. La generosidad triunfó, á pesar de todo, en el corazón del tendero murciano.

—Juanita, dijo: yo te doy dos mil reales para que te merques un hermoso brazaletes de oro, diamantes y perlas.

Al hablar así, D. Ramón devolvió á Juanita el pagaré que ella había firmado. En seguida añadió:

—Según el pagaré, tú me eres deudora de diez mil reales, y como me has dado ocho mil, me debes dos mil aún. Yo te los perdono.

La generosidad de D. Ramón fué solemnizada por toda la concurrencia con los más ruidosos aplausos.

Veinte días después de lo que acabamos de contar se celebraron las bodas de Juanita y don Paco.

Los mozos del lugar no prescindieron de la encerrada que debía darse á D. Paco como viudo.

Él y Juanita la oyeron cómoda y alegremente desde la casa y alcoba de D. Paco, donde Juanita estaba ya, sin que hasta la una de la noche les molestase el desvelo que podía causar aquel ruido. Cesó éste al fin convirtiéndose en vivas y aclamaciones, merced á la simpatía que inspiraban los novios y á una arroba de vino generoso y á bastantes hornazos y bollos que el alguacil y su mujer repartieron entre los tocadores de los cencerros.

Así D. Paco se durmió al fin con reposo y merced al silencio, y también se durmió Juanita, á la vera suya, como mansa cordera y no como fiera leona; suave y graciosa como Jerusalén y no terrible como un escuadrón de caballería.





## EPÍLOGO

**D**ESPUÉS de los sucesos referidos han pasado seis ó siete años.

Posible es, por más que á mí me apesadumbre, que los personajes principales que en esta historia figuran á nadie interesen; pero, como yo he tenido que tratar de ellos y que describir sus caracteres, les he cobrado bastante afición, despertando en mi alma curioso interés la situación y término en que hoy se hallan.

Interrogado por mí el diputado novel á quien debo todo el relato, me ha comunicado las noticias que voy á transcribir como contera ó remate, aunque los críticos lo tachen de supérfluo.

D. Paco sigue gozando de la privanza del cacique y gobernando en su nombre cuanto hay que gobernar en la villa. Juanita, casada con él, le adora, le mima y le ha dado dos hermosísimos pimpollos: una niña que se llama también Juanita la Larga, tercera de este nombre y ape-

lido, y que promete valer tanto como su madre, porque ya es muy linda, picotera y graciosa; y un Ricardito, como su abuelo materno, que es un diablejo, ágil, robusto y bullicioso, por lo que sus padres le destinan á que sea, también como su abuelo, oficial de caballería.

Juanita no há embarnecido. Está gallarda y bonita como siempre. Se viste de seda sin que el padre Anselmo la censure en sus sermones, y parece una princesa encantada, pues no pasan días por ella. Tampoco envejece D. Paco, porque la felicidad mantiene, conserva y hasta remoja, y él es feliz de veras.

El pobre D. Alvaro Roldán es el que está muy averiado. Hace ya tiempo que se quedó lelo, paralítico y con los dedos engarabados. No se sabe si es falta de la lengua ó de algún otro órgano del aparato vocal, pero es lo cierto que ya no puede decir ni dice sino:

—Ta, ta, ta, ta, ta.

Doña Inés le cuida con esmero y cariño de esposa; pero como es tan moralizadora y tan concionante, le reprende á menudo con suavidad.

Cuando, á pesar de su deplorable situación, á Serafina, que le cuida, la mira con ojos encandilados, y lo ve doña Inés, ésta le dice:

—¿Es posible, Alvarito, que no te abandone el demonio que te posee? ¡El vicio que huye de todo tu cuerpo se te mete en la cabeza y no te deja! ¡Da asco y vergüenza!

—Ta, ta, ta, ta, contesta D. Alvaro.

Si por señas se queja del estómago ó del vien-



tre que le muge como si tuviera allí, no una borrega, sino dos ó tres becerras, doña Inés exclama:

—Si te lo tengo dicho mil y mil veces, siempre has sido un glotón de siete suelas, pero ya hijo mío, no estás para eso. Tus fuerzas digestivas son muy pocas. Menester es que te moderes y que seas sobrio si no quieres reventar el día menos pensado.

Y D. Alvaro responde:

—Ta, ta, ta, ta, ta.

Calvete, que ha pasado de zagalón á ser un mozo muy gentil y brioso, y que es al mismo tiempo travieso y más malo que la quina, viendo que D. Alvaro no puede quejarse de sus travesuras, ya que ni habla ni escribe, se deleita á menudo en ponerle furioso.

Para ello acude á Serafina que está muy frescachona y floreciente y que sigue tan regocijada como en su primera juventud. En las barbas de D. Alvaro se pone el bellaco de Calvete á retozar amorosamente con Serafina; y D. Alvaro, fuera de sí, con espumarajos en la boca, grita como un energúmeno:

—Ta, ta, ta, ta, ta.

Y cada ta, por el tono con que D. Alvaro le suelta, parece un centón de blasfemias y una letanía de maldiciones.

Doña Inés suele acudir entonces y dice:

—¿Por qué chillas tanto, diantre de hombre? Lo que tú padeces nada vale en comparación de la hiel y vinagre que dieron á Cristo. ¿Piensas tú que chilló nunca Job en el muladar tanto co-

mo tú chillas ahora? ¡Sufre y ganarás el cielo!

—¡Ta, ta, ta, ta, ta,—dice D. Alvaro algo resignado.

Doña Inés suele también moverse á compasión y dice á Calvete:

—¡Muchacho! haz alguna de tus chuscadas para que el señor se distraiga y regocije.

Y contesta Calvete:

—Pues si las hago á manta y el señor rabia y chilla más. Como está tan jaquecoso...

Y exclama don Alvaro:

—¡Ta, ta, ta, ta, ta!

Se cuenta en el lugar (casi no queremos creerlo) que cuando está D. Alvaro muy mal y siente físicamente muchos dolores, arma tan incesante y fatigosa retahila de ta, ta, ta, que aburre á todo el mundo, alborota la casa, y hace que doña Inés pierda la circunspección y la paciencia que ella suele recomendar, llegando una ó dos veces hasta á decir á su marido:

—Cállate, hombre indigno, y padece por el amor de Dios, que no sin justo motivo te castiga. No te verías así si no hubieras tenido una vida tan depravada. Y al fin yo creo que te quejas un poco de vicio. Tú tienes miedo porque piensas te vas á morir. Ya, ya; bien pesado has sido para todo y me parece que vas á serlo también para morirte.

Y como don Alvaro contesta con acento muy triste:

—Ta, ta, ta, ta, ta,—el noble corazón de su esposa se enternece; y arrepentida ella de las fra-



ses duras que se le han escapado, se acerca á don Alvaro con cariño, y para función de desagrazos, le da un blando cogotacito, le pasa la blanca mano por la papada ó le pega en las narices un amoroso capirotazo.

D. Alvaro sonríe consolado, y beatificado exclama:

—Ta, ta, ta, ta, ta.

Así va tirando aún el ilustre descendiente, según pretende su ejecutoria, del más her ico de los doce pares.

En cuanto á doña Inés, afirma mi amigo el diputado, que está hermosa y fresca todavía y que pudiera hacer el papel de Angélica, aunque algo metida en carnes. Conserva todas sus virtudes, incluso la prolífica, y en estos últimos años ha conseguido que los vástagos de su ilustre casa lleguen   la docena.

El cacique permanece soltero   imperando en el lugar con la sabiduría y la moderación de los Antoninos en Roma.

La señora doña Agustina Solís y Montes de Allende el Agua ha sufrido con resignación algunos reveses de fortuna. Entre otros ha perdido un pleito de importancia. Sus rentas han quedado reducidas   menos de la mitad. Apenas tendrá ahora doce mil reales al año. La disminución de sus rentas, en vez de disminuir, ha aumentado sus ganas de casarse. Ha buscado compa a doméstica que la consuele. Y tal vez por no encontrar partido mejor, ha apechugado con el boticario don Policarpo, el cual, si bien es feo, es in-

teligente y tan gracioso que nadie debe maravillarse de que seduzca y enamore con su labia   una mujer de talento. Doña Agustina, además, se manifiesta muy ufana de haber vencido la repugnancia al matrimonio de tan pertinaz soltero, y, lo que es más trascendental, de haber traído al gremio de los fieles   aquel impío extraviado que ahora va á misa y cumple con todos los preceptos.

A lo que se presume, desde que doña Agustina empezó   mostr rsele propicia, D. Policarpo discurrió sobre poco más ó menos de esta suerte:

—No se comprende ni se explica cómo, por el proceso evolutivo del s r, aunque haya durado millones de años, por el concurso fortuito de los átomos, y por su fatal y ciego prurito y constante tendencia   la perfección, ha podido aparecer sobre nuestro planeta, después de prolongad sima serie de transformaciones, un mamífero tan primoroso y apetecible como doña Agustina, dotado además de claro entendimiento y de voluntad benigna, y con el portentoso d n de la palabra, que le sirve para transmitir las ideas más agradables en contestación   las que salen de mi cabeza y   las voliciones de mi corazón. Acrecienta lo inexplicable de este prodigio, si no suponemos una Providencia personal y sapientísima que todo lo dirige, el que posea aún el mencionado mamífero doce mil reales de renta y el que se vista y calce con sumo primor, elegancia y decoro, lo cual implica, por un lado, el



desenvolvimiento de la sociedad, á través de los siglos, para crear las leyes, para sostener la paz, para fomentar la agricultura y para hacer que haya herencia y propiedades individuales; é implica, por otro lado, según se comprende muy bien cuando se estudia la economía política, la multitud de milagros del comercio, de la industria, de las artes textiles, indumentarias y de curtido de cueros, y otras mil agudas invenciones, como la división del trabajo y como el objeto que vale por sí y representa además y mide con exactitud lo que valen los otros objetos, facilitando la circulación y los cambios, sobre todo si se le añade cierto descubrimiento más sutil aún, ó sea la virtud representativa de todo lo que vale por algo que por sí vale poco ó nada y que se llama crédito, difícil de adquirir no obstante, pues yo carezco de él aunque le deseo. La primera causa de todo lo cual es absurdo que sea el acaso sino una potencia suprema y anterior á todo, la cual dió el impulso inicial al linaje humano, le marcó el camino y guió con orden su marcha por la interminable senda del progreso.

Esto ó algo por el estilo pensaba D. Policarpo, y era creyente.

En aras de su amor á doña Agustina y de su renaciente fe, se cortó aquella uña maldita del dedo meñique, vara de virtudes de Satanás, y no volvió á electrizar, ni á magnetizar, ni á encender candiles, ni á tirar cañonzos con ella.

Se cortó la uña como se cortan los toreros la

coleta cuando dejan de torear y se retiran á la vida privada.

Se cortó la uña, despojándose de sus fuerzas taumatúrgicas y teratológicas, por obra y gracia de las tijeras de doña Agustina, que fué la piadosa Dalila de este Sansón de nuevo cuño.

Doña Agustina, sobre un fondo de raso color de púrpura, para que resaltase mejor, colocó y guardó la uña, como trofeo de su victoria, en un *passapartout* muy bonito que colgó en su alcoba.

Por bajo de la uña quiso poner un letrero explicatorio, y rogó á D. Andrés que le pusiese. D. Andrés que, como ya sabemos, era muy erudito y que asimismo era algo guasón, recordó el cambio glorioso de Napoleón I, en los últimos años de su vida, y no creyendo menos glorioso el cambio del boticario, le aplicó los versos de Manzoni, y escribió de buena letra por bajo de la uña y defendido todo por un cristal:

«Bella, immortal, benéfica  
Fede ai trionfi avezza,  
Scrivi ancor questo.»

Juana la Larga es dichosísima al ver la felicidad de su hija y de su yerno: adora á sus nietecillos, los consiente, los mima y les ríe todas las gracias, hasta las más pesadas y olorosas.

Para que se críen robustos, después que los ha amantado Juanita, Juana los desteta con chorizo, longaniza y asadura de cerdo.

Su actividad culinaria no decae, á pesar de su



edad. Sigue haciendo la matanza, la carne de membrillo, el arrope y las frutas de sartén, en las casas más principales. Ha importado nuevos guisos en la cocina local y hasta inventado dos ó tres con sorpresa y general aplauso de los gastrónomos.

El padre Anselmo está achacosillo y muy viejo, pero alegre y sereno con la esperanza de su tránsito á mejor vida. Ya no le pesa, antes se regocija, de que Juanita no sea monja, porque la quiere mucho y se le cae la baba cuando la ve tan hermosa y cuando oye su dulce voz y sus discretas razones.

Doña Inés, no obstante, sigue siendo su preferida, por lo mística que es y por la mucha teología que sabe.

Por último, el diputado novel ha pedido y recibido con frecuencia las noticias que de Antónuelo se tienen en el lugar. Allá en el Río de la Plata, á donde el cacique le obligó á que emigrase, se dedicó al comercio y prosperó mucho. Aunque nunca quiso inscribirse en el consulado, para ahorrarse tres ó cuatro duros, acudió con frecuencia á la legación pidiendo que España reclamase diplomáticamente en su favor contra mil agravios y daños que del gobierno argentino había recibido, y que exigiese con amenazas de bombardeo que dicho gobierno le diera una indemnización muy cuantiosa. Pero ni le indemnizaron de nada, ni por amor suyo hubo bombardeo, y él adquirió tan mala reputación y crédito que consideró prudente irse á Cuba. Ya

en la Habana, como es mozo gentil y de rostro blanco y sonrosado, logró cautivar el sensible corazón de una rica heredera, muy subidita de color. Casado con ella, vivió con tanta pompa y decoro, dando comidas y saraos y paseando en quitrín, acompañado de su mujer, tan ricamente vestida que parecía la reina de Saba, que se empeñó, hipotecó les predios urbanos y rústicos y acabó por tener más deudas que pelos en la cabeza. A lo que parece, á fin de consolarse y de remediarse, se ha hecho ahora partidario de la independencia de la perla de las Antillas, y ya sueña con ser en Cuba libre un Dictador como el Doctor Francia en el Paraguay ó como Rosas en Buenos Aires, ó un Emperador, como Faustino I en Haiti, aunque tenga que tiznarse con hollín: ya, con más modestia, forma un plan que muchas personas creen desatino, aunque tal vez no lo sea. Espera que por filibustero y laborante, le secuestren los bienes, porque entonces, según dice, se irá á Nueva-York, se hará ciudadano de la Gran República, y, nuevo Coriolano español, obligará á su ingrata patria á darle una indemnización *di primo cartello*. Aunque tenga que ceder á los Fabricios, Cincinatos y Catones de escalera abajo y de quinta clase, que acaso haya en las orillas del Potomac, las cuatro quintas partes de lo que se extraiga á la paciente y semiforzosa longanimitad de España, siempre le quedará otra quinta parte, con la cual podrá vivir como un príncipe en una magnífica casa de la Quinta Avenida. Allí brillará su morena con-



sorte, que habla ya el idioma de Shakespeare  
y de Milton, como la más ilustrada, *talkative* y  
*funny* inglesita

De la fecunda zona,  
Que al sol enamorado circunscribe  
El vago curso, y cuanto sér se anima,  
En cada vario clima,  
Acariciada de su luz, concibe.

FIN







